

ESPAÑA PINTORESCA.



LAS BATUECAS.

(Artículo tercero y último) (1).

Un antiguo templo, desnudo de todo artificio y de riqueza arquitectónica, se eleva sencillamente en uno de los ángulos del espacioso edificio. Sus paredes oscuras y desiguales, su techumbre altísima, ojiva su entrada, y tosco é irregular en todas sus dimensiones.

El tiempo ha gastado la trabazon de sus piedras, que aparecen descarnadas y como si pretendieran desasirse unas de otras y convertir el templo en un monton de escombros.

Si penetramos en el interior las encontramos vestidas de un color blanquecino que rechaza algun rayo de claridad desprendido como al acaso de una cúpula elevada, cuyas rejas y cristales dibujan en las bóvedas mil sombras confusas.

Un silencio imponente reina en todo aquel triste recinto, el cual se interrumpe tan solo por el bronco compas de las pisadas sobre el pavimento de madera

mezclado con el sordo rumor de las cascadas, y de las hojas de tantos árboles movidas por el aire.

A la derecha se descubre un altar negro de madera, desprovisto de relieves dorados y de pinturas y adornos. No tiene mas que un grandísimo cuadro, cuyas tintas estan ya algo confundidas y cuyo marco sencillo contrasta con el resto del altar por su natural y fácil construcción. En frente de este está el coro, que consiste en algunas sillas de brazos toscas y pesadas que han enclabado junto á la pared, y con esto queda hecha la descripción del exterior y del interior de este iglesia.

Desde lejos se ve descollar este rudo edificio sobre el fondo de tintas variadas que se producen en el horizonte, y en el invierno sacaban sus paredes los infinitos arroyos que se desploman de las montañas coronadas de nieve. Este debe de ser un espectáculo magnífico, porque el clima del interior del valle es acaso el mas templado de toda la península, acercándose mucho al de los países que estan ya debajo de la línea, y

(1) Véanse los anteriores en el Semanario del 24 de marzo y 14 de abril.

por otra parte es tan intenso el frío en las montañas inmediatas, que se hace muy difícil, sino imposible, doblarlas pasado el mes de noviembre en que empiezan á cubrirse de nieve y de una densísima niebla; de lo cual procede la gran diferencia que se encuentra en la vegetación en el espacio de una legua. Será de admirar por consiguiente el efecto simultáneo de un contraste tan poco común, dispuesto de tal modo por la naturaleza que se pueda abarcar con la vista en toda su extensión, bien que el entendimiento no llegue á comprenderlo.

El convento se divide en largos y ventilados corredores, los cuales dan entrada por uno de sus frentes á las celdas, y por el otro dan vista á alguno de los jardines de que se ha hablado en los artículos anteriores. Las puertas de estas celdas están forradas de láminas de corcho, y encima de cada una hay clavada una cruz de la misma materia. Esta celda podría parecer sin gran violencia, el nicho del individuo que la ocupó, y como nada es más ajena del que vistió sayal mientras oprimía con su huella las losas del sepulcro, que condecorarse con inscripciones después de su muerte, he ahí por qué eleba una cruz tosca en el frente de su silenciosa morada, signo más elocuente que las doradas inscripciones y los grupos alegóricos, porque estos hablan á la vista ó cuando más al entendimiento, aquel habla directamente al corazón.

En el interior de las celdas se ven las paredes de piedras y de barro como son; nada de cal, nada de reboque. Doce pies cuadrados es la extensión de cada celda, y por todos muebles contiene una estrecha tarima, una mesa, un banquillo y un cuadro en la pared. En frente de la entrada suelen tener una escalerita que baja á un jardín de diez pies de largo sobre ocho de anchura, aunque estas distancias no tienen una exactitud matemática.

Cuando estaban habitados estos lugares, cada monje se encerraba en su departamento y no salía de él sino en las horas en que el triste sonido de la campana le llamaba á la oración. Exceptuando estos casos pasaba la vida en su celda alternando en los trabajos de espíritu con otros corporales, que consistían en el cultivo del jardín de que hemos hablado.

Ninguna voz humana turbó el silencio misterioso de este retiro, nunca repitió el eco ningún sonido articulado; el uso de la palabra se empleaba en la oración y solo en la oración; si alguna vez se encontraban en un claustro dos ó mas individuos, cruzábanse silenciosamente, y sin alzar la vista se retiraban á sus celdas. ¿No era este un verdadero cementerio?

Cuando se entra en la iglesia del convento, y en general cuando se pasea por todo el recinto de la vega, no se deja de percibir ni un punto un ruido bronco como el que producen las aguas de la pesquera, y habiendo querido averiguar la causa que lo produce, comenzamos á atravesar terreno en la dirección que sonaba hasta que pudiesemos averiguarla con certeza. Hay dos objetos que lo producen: un canal de aguas que se desploma desde lo más alto de las sierras lamiendo á trechos las pizarras que hay en la misma dirección, cayendo otras de golpe y forasando como globos en el aire, que luego se estrellan impetuosamente en el suelo con un ruido desigual, y rechazando mil gotas de rocío contra los árboles y piedras inmediatas; el otro es una pequeña catarata. En uno de los artículos anteriores se hizo mención de un arroyo que movía los molinos de pan y de aceite, y que luego se extendía mansamente por la vega. En esta incur-

sión toma mucha agua, en términos que al descenso tiene ya ocho ó diez varas de anchura. En el confín de la vega cercada por los carmelitas, hay un trozo que no tiene más cerca que un peñasco al nivel del piso por el lado interior de la cerca, tajado y alto de seis varas por lo menos de la parte de afuera. El río ha formado el cauce de manera que viene á pasar precisamente sobre el peñasco, y al llegar al punto en que este está perpendicular como si hubiera sido dividido con un instrumento cortante, cae al otro lado con furioso estruendo, y es tal la fuerza con que se precipita que abre paso en el altísimo fondo de agua que encuentra á su descenso.

Por lo demás también hay inscripciones en las Batauecas como en *Jumiegas* y en la *Alhambra*. Cada uno ha procurado traducir sus emociones en algunas palabras, y es muy curioso ver lo que ciertas gentes sienten en circunstancias dadas. Otros se han contentado con poner su firma, y otros con grabar una cruz ú otro signo en la corteza de un árbol.

Para que pueda formarse una idea de las sensaciones que han producido en algunas personas la contemplación de estos parajes trasladaremos aquí algunas de las inscripciones más notables.

Cerca de la iglesia, por ejemplo, en frente de los altares que ya hemos descrito, hubo alguno que sorprendido por la agradable conjuación de unas capillas tan toscas con el ameno y variado jardín, por el aspecto selvático y oscuro de las montañas, que parecen ascender desde nuestras mismas plantas y perderse en las nubes, y en fin por la opacidad de un cielo sombrío y triste no pudo ser insensible á un efecto tan nuevo y quiso formular las agradables emociones que experimentaba su alma. Aquí pensó, alzó la vista, quedó inmóvil, martirizó su fantasía, reclinó la frente, sudó, y en fin escribió en la pared estas sublimes palabras

«*Todo es admirable!!!*»

y detrás fue colocando ocho ó diez admisiones.

Otro hubo que miró las cosas de diverso modo. Hay ciertos hombres que no pueden comprender nada fuera de las obras de Voltaire ó de Rousseau. Todo lo amoldan á aquellas situaciones, en cada cosa que ven no encuentran sino un comentario ó una variación de los casos previstos por aquellos filósofos. Todas sus ideas pasan por un tamiz, y es necesario acomodar á él hasta las impresiones del momento; trabajo inapropiado á la verdad. De este número debía ser el que escribió:

«*¿Quién no cree ver aquí á los amantes de Saint Preux?*»

Y ciertamente que tendría que ver la delicada *Julia* trepando por aquellos riscos.

En fin, no ha faltado algún profano que haya sentido otra clase de inspiraciones y menos idealismo y ha escrito en un bosquecillo precisamente en la pared de una ermita:

«*Una hora aquí con M... y después morir.*»

¡O profanación! joven de este siglo debía de ser el tal que tenía un modo tan zurdo de mirar los objetos sagrados.

En otra parte se leía:

«*No he tenido tiempo de improvisar porque me están aguardando para comer, pero pondré mi firma.*»

Y firmaba en efecto.

En fin, en el portal de la hospedería había versos, ¡O felice il trovamento! ¡versos, versos en las Batauecas! y creíamos nosotros que á nadie habría ocurrido

tal cosa desde que al fundador le dió la hamorada de escribir los de los altares. Hay que tener presente que ni los alemanes ni los franceses penetraron en tales parajes cuando las guerras de sucesión, ni penetraron los soldados de Napoleón en 1808, ni han penetrado los facciosos, ni penetró el cólera, ni la fiebre amarilla, y sin embargo ha penetrado la *partico-mania*. Peor que todas aquellas cosas juntas debe de ser cuando no han valido contra ella las circunstancias que han librado á las Batuecas de las otras plagas. El hecho es cierto aunque la consecuencia es triste, porque si tal es su calidad ¿quién podrá guardarse de ella? Bien pueden ocuparse los médicos en discutir sobre si es epidémica ó contagiosa, porque pensar en curarla será disparata. En cuanto á los que no seamos médicos no nos queda mas recurso que irnos muriendo de desesperación.

Pero vamos á los versos:

*«Salud, ó cenobita, en el desierto
Ampara á aquel viajero, hospitalario
Que por venirse á ver rendido y yerto
Ha sufrido las penas del calvario.»*

Una de las cosas que mas halagan en el bello paisaje que despliega este horizonte, es la infinita variedad de objetos de tantas y tan diversas formas, que mas parece que han sido aglomerados por la mano de un hábil pintor que el que sean efecto de la naturaleza. Desde la primera vez que se tiende la vista por la vega se descubren varias *ermitas* edificadas ya encima de un tajado peñasco, ya en la pendiente de una sierra, bien á la orilla de un arroyo, bien al borde de un precipicio, todas concentradas en pequeño espacio, y presentando todas unas mismas proporciones.

En tres épocas del año tenían los monjes facultad para retirarse á ellas, mas como la vida de *ermitaño* tiene un excesivo aumento en el rigorismo de la vida ascética, no se obligaba á ninguno á que la sufriese, sino que se permitía á quien quisiese abrazarla voluntariamente y á fin de que la ocupacion fuese metódica, alternaban en ella todos los monjes del convento. Duraba tres semanas, en las cuales el ermitaño no debía comer ninguna vianda caliente, los viernes debía comer solo legumbres, y en fin debía prolongar diariamente las horas de rezo mas de lo acostumbrado.

Los comestibles se le llevaban diariamente del convento, y si algo sobraba tenia que devolverlo; si necesitaba algo se lo avisaba al *cuervo*, y este le presentaba una tablilla en que estaban escritos los artículos de lo que se le podía llevar, cada uno con una cuerda pendiente. El ermitaño examinaba la lista y tiraba de una de las cuerdas por la cual entendia el conductor cuál era el artículo que necesitaba, y por este medio se comunicaban entre ellos sin tener que hablar.

Las ermitas tienen su nombre particular cada una, aunque poco se diferencian unas de otras en su construcción exterior ni en su distribución interior. He aquí á lo que se reducen. En primer lugar es de esencia que la puerta tenga embudidos de corcho, mas ó menos grandes, mas ó menos gruesos; en algunas hay una estrella, en otras una cruz. Encima de la puerta está la campana que sirve para anunciar al desierto las horas en que el ermitaño comienza sus oraciones; así se oye tocar pausadamente en las oscuras noches de marzo, y el eco que repite el lento sonar de las campanas de todas las ermitas á la vez, reproduce los sonidos infinitamente é interrumpe con tan triste clamor el sueño apacible de la naturaleza. Pasado el umbral hay á la derecha una capilla, á la izquierda un pequeño cuarto con un balcon de madera, y en el frente un estrecho departamento para depósito tal vez.

Hay una entre todas las ermitas, una que no puede menos de llamar la atención con mas particularidad que las otras, y de provocar al mismo tiempo la reflexión y el sentimiento con una fuerza irresistible. Está construida en el tronco de un árbol: parece que el cenobita del desierto se complace en estrechar y en aproximar la habitación que ha de ocupar durante su peregrinacion en el mundo, á aquella que le espera despues de haberla concluido. Así cercado de flores y elevándose debajo de una bóveda de frondosos castaños, se vé un corpulento árbol tronchado por el nacimiento de las ramas, cuyo lugar está cubierto por otras secas y coloradas horizontalmente de tal manera, que las puntas cuelgan por los lados y forman con las hojas amarillas un feston desigual que abraza todo su ámbito. El interior de este tronco está hueco y se penetra en él por sus arcos, de una vara de altura, que tiene cortado en su parte inferior y al cual sirven de puerta por la parte de afuera unas tablas que giran sobre goznes. Delante de ellas hay un portallizo, correspondiente en magnitud á la capilla que adorna, y serrado por dentro de tablas de corcho. Encima de la puerta hay un cráneo humano y dos huesos incrustados en el tronco, y al abrir la puerta para entrar se leen estas terribles palabras:

MONITRIO SANS.

En las tablas de corcho se vé la siguiente décima manuscrita.

*«Quién piensa en la muerte atento
Fácilmente menosprecia
Palacios que el mundo apreria
Con tan vano lucimiento!...
En este humilde aposento
Se siente de Dios el toque,
Que no hay cosa que provoque
Á tan útil desengaño,
Como ver á un ermitaño
Que vive en un alcornoque.»*

—¿Y vivió en efecto algun hombre en esta ermita?

—(1) El padre *Acebedo* era capitán de guardias españolas á principios del siglo actual. Las relaciones de su casa y mas que todo su valor, le habian colocado en una situacion en que podia ver una carrera brillante abierta ante sus ojos en un horizonte llano y sin tropiezos. No se averigua la causa porque se decidió tan pronta como inesperadamente á abrazar la vida monástica y á abandonar la carrera militar en que tan brillantes laureles podia promoverse. Era jóven de 22 años, y como es la edad del amor, no falta quien asegure que no pudo resistir á la violencia de una pasión desgraciada; pero bastaba que este hecho histórico tuviese principios romancescos para que se le quisiese hacer pasar por los trámites insalutables de un argumento de novela.

En esto no disputo, lo que se sabe con evidencia es que el P. *Acebedo* necesitó valerse de todas sus relaciones y de cuantos resortes pudo tocar para que se le admitiese entre los monjes de este desierto. A los 22 años hierva la sangre y no siempre obedece el juicio á los consejos de la razón y al conocimiento de un maduro raciocinio; mas jeneral es que siga ciegamente el impulso de una voz apasionada del corazón ó que se deje arrastrar por una imaginación fogosa. En ambos casos pelagra la consecuencia en una determinación que ha de durar largos años y no es prudente infermarlos

(1) El hecho que aquí va á citarse es igualmente cierto y se puede comprobar.

en la mas cruel desesperacion. Esta es la causa porque no se permitía la entrada en esta severa orden al joven Acebedo, y solo el influjo y circunstancias personales del sugeto que medió, pudieron conseguir que se cometiera esta rarísima escepcion.

Apenas entrado en el convento admiró á todos por su constancia y exactitud, dando cada día pruebas de que habia acertado con su vocacion. Vino entre tanto la guerra de 1808 y todos los frailes se retiraron de estos lugares, ya porque unos quisieron empuñar las armas, ya porque temiesen otros á los soldados de Napoleon que sin embargo nunca llegaron aquí. El P. Acebedo se quedó solo habitante del desierto y durante los seis años que luchamos contra el usurpador ni un solo viviente interrumpió sus vijilias.

Concluida la guerra se retiró á esta ermita en donde ha vivido mas de 20 años asistiendo sin embargo á los oficios religiosos. Hoy hace ocho dias cabalmente que murió en este mismo sitio á resultas de una enfermedad crónica que su método de vida le habia ocasionado.

Era ya muy viejo; su barba caía hasta la cintura y estaba tan consumido que la piel de su cara parecia pegada en una calabera. Si entráis algun dia en aquella iglesia vereis una pizarra movida del pavimento y tierra esparcida al rededor; allí debajo reposa el ermitaño. Esta es la habitacion que ocupó, la cual ya no volverá á ver un cenobita arrodillado y velando silenciosamente en frente de un crucifijo las horas largas de la noche.

La memoria del P. Acebedo producirá siempre en nosotros una idea melancolica, pero mezclada de recuerdos tan dulces, que lejos de ocasionar sentimiento será un consuelo mas en estas lúgubres moradas. Así, cuando un hombre pensador recorre estos parages y se detiene á contemplar esta ermita, una nube de melancolía se desploma sobre su imaginacion, y una lágrima ardiente que rompe la losa y llega hasta las cenizas de *Acebedo*, se resbala involuntariamente en su mejilla.

J. ARIAS GIRON.



Una ermita en las Batuecas.

COSTUMBRES VALENCIANAS.

MOROS Y CRISTIANOS.

La reconquista de España dejó impresa en el alma de nuestros antepasados una idea de gloria, que se ha transmitido á nosotros con la misma fuerza y entusiasmo con que la adquirieron aquellos testigos oculares de las

mayores proezas. Muchas poblaciones celebran con pública alegría el momento feliz en que las banderas cristianas triunfaron de las moriscas, y les devolvieron la deseada libertad; pero entre todas, ningunas se entregan con mayor placer á estos recuerdos que varias de las valencianas. Alcoy, Onil, Benajama y otras muchas solemnizan el célebre dia con fiestas anuales á que dan el nombre de *Moros y Cristianos*; pero ninguna sobresale, ninguna se esmera tanto como la pequeña

villa de Biar, famosa en la provincia de Alicante, mas aun que por la riqueza é industria y aplicación de sus habitantes, por la fiesta que vamos á describir.

Es inesplicable el júbilo con que el económico y laborioso valenciano se entrega á ella, y la generosidad con que consume en tres dias los ahorros de una anualidad de trabajo: mas tambien puede decirse que esta fiesta es la mas propia de su caracter, y que durante ella vive en su centro, porque verdaderamente los valencianos nacieron para el bullicio y la agitación.

El mes de mayo se aproxima, y ahora, en este mismo instante en que escribimos, el vecino de Biar ya se atormenta en discurrir sobre la fiesta venidera; ya registra el pesado arcabuz, encarga al polvorista la mecha, compra las municiones, forja los cartuchos, visita los pueblos comarcanos, convida á los amigos, va y viene á la alfarería á ver construir la cabeza de Mahoma, y espera con indecible ansiedad la llegada del *dies de mayo*. Las valencianas igualmente agitadas, componen sus graciosos trages, compran las blancas y bien tegidas alpargatas, ó las trabajan con sus manos, las adornan con cintas correspondientes, y al mismo tiempo preparan la cal, blanquean su curiosa morada, y para obsequiar á los futuros huéspedes hacen *orejetas*, *almojavanas*, *sequillos*, y otros dulces caseros, y tuestan cañamones y garbanzos, ó los compran de los que ejercen este ramo de industria.

Entre estas fatigas los alcanza el tiempo, y la campana de la iglesia parroquial anuncia que el momento es llegado; la fiesta va á principiar, y el vecindario dividido en dos bandos forma comparsas de moros y cristianos: cada partido elige sus gefes entre los jóvenes de las fauillas mas notables, y la bandera de Aragon se ostenta en los balcones de la casa del capitán de cristianos, interin el pabellon morisco distingue la que habita el capitán sarraceno. La comparsa de árabes viste regularmente á la africana; la de cristianos usa del traje del dia, llevando por toda distinción un ramo de flores en el sombrero: el alferéz y sargento visten cascaca y sombrero de tres picos, distinguiéndose por vistosas bandas de seda, y el capitán se adorna con un magnífico traje á la antigua española. El primer dia de la fiesta es poca la concurrencia de forasteros. El clero y el ayuntamiento de Biar seguidos del vecindario marchan á la preciosa ermita que á corta distancia del pueblo tienen dedicada á la Virgen de Gracia, patrona de la villa, y conducen la imagen en devota procesión á la iglesia parroquial. Durante la carrera las comparsas de moros y cristianos hacen salvas repetidas, disparando por parejas los sonoros arcabuces, secundados por los gefes, que llevando dos cargadores, cuyo oficio es presentarles el arcabuz ya montado, disparan continuamente. La procesion se termina, y una vistosa funcion de pólvora da fin á la diversion del dia.

A el amanecer del siguiente todo el pueblo se pone en movimiento. Las afanosas valencianas no descansan un instante, y apenas tienen tiempo para cumplimentar á los huéspedes que llegan, y disponerles la comida y la morada. La mañana la pasan en estas ocupaciones, al tiempo mismo que los hombres asisten á una magnífica funcion de iglesia, y los moros y cristianos se divierten en pasar por las calles haciendo fuego, precedida cada comparsa de un niño vestido de angel, que con una pequeña rodela en la mano sirve de blanco á los tiros de los gefes, dando una vuelta ligera apenas ve disparado el arcabuz. A las tres de la tarde principia la verdadera fiesta.

En medio de la plaza se levanta un castillo de madera. El pabellon aragonés tremola sobre sus almenas,

y la comparsa de cristianos lo guarnece para defenderlo. El numeroso concurso de vecinos y forasteros yace en el mayor silencio, y espera con afán el sonido de un clarín anuncio de la llegada del ejército morisco. Se oye por fin, y aparece un grupo de espías vestidos del modo mas ridículo y asqueroso, conduciendo un compas y un telescopio, con los que aparentan practicar un reconocimiento. Los ademanes y contorsiones raras y extraordinarias de estos graciosos de la fiesta, producen en el vulgo una risa descompasada, pero en medio de ella es notable la seriedad de los espías, que trabajando por hacer reir nunca se rien, graves hasta lo sumo trabajando por el placer ajeno, ellos se atormentan por no gozarlo.

Á esta farsa de payasos sigue el alferéz morisco. Montado sobre un brioso caballo y con los ojos vendados llega hasta los muros del fuerte y entrega al capitán español un pliego intimándole la rendicion. El valiente cristiano lo lee, se irrita, lo rompe y lo arroja al portador; este vuelve desesperado, y con sus ademanes de furor pone fin al primer acto.

Suena de nuevo el clarín, y el capitán sarraceno aparece en un caballo escoltado con alguna tropa: pide una conferencia al gobernador del castillo y recita en alta voz una mal forjada relacion á que se dá el nombre de *embajada*. Blasfema repetidas veces del nombre de la virgen, y concluye ordenando la rendicion de la plaza. El valeroso cristiano le responde de un modo análogo, y proclama con frecuencia el nombre de Maria, que el pueblo repite lleno de entusiasmo. Los españoles no quieren rendirse, el moro se irrita y ordena el asalto. La plaza se inunda de guerreros; los cristianos son vencidos, el castillo es tomado y abatida la bandera de la cruz, se levanta en su lugar la triunfante media luna. El fuego cesa, y los árabes se complacen en la victoria, entregándose los espías á los gozos de la embriaguez.

Mas el árabe feroz aun no está satisfecho; ha vencido á los cristianos, quiere insultar al cristianismo. Mahoma va á ser conducido á la plaza espugnada, y la comparsa morisca marcha en su busca. Se oye una desagradable música, y en un carro de triunfo llega Mahoma festejado por los espías. El célebre profeta viene representado por un viejo pantalón y una desgarrada chaqueta henchida de paja; su cabeza que es de barro presenta las facciones mas horribles, y va llena de pólvora llevando en la boca un cigarro, que debe servir para terminar la funcion del dia siguiente. Mahoma es subido al castillo entre las mas ridículas demostraciones de alegría, y atado á un palo queda patente al pueblo en una de las almenas.

Terminada la escena, el pueblo se divide para entregarse á los bailes, y vista por la noche una fiesta de pólvora se prepara con el descanso para las diversiones del dia siguiente.

Llegado este se pasa la mañana en las mismas ocupaciones que la anterior; pero á las tres de la tarde la escena pasa de un modo enteramente contrario. Los árabes guarnecen el fuerte; el concurso es el mismo, pero los vecinos de cada pueblo ocupan un lugar diferente. Los de Biar y algunos otros se esparcen indistintamente por los costados de la plaza: los de Villena se colocan á la derecha del castillo, la izquierda esta ocupada por los de Castalla. El ejército español da el ataque; su capitán recita la *embajada* recopilando las glorias del pais, y resistiéndose los moros á la entrega, se ordena el asalto. El castillo es vencido; sus defensores huyen, y los gefes de ambos bandos se baten cuerpo á cuerpo en la última plaza. Interin los

cristianos rinden á los moros, uno de los espías enciende el cigarro que Mahoma tenia en la boca, y todo el concurso volviendo la espalda al castillo, bajando la cabeza, y presentando las asentaderas al odioso profeta, espera temeroso el momento fatal. El fuego del cigarro comunica á la pólvora, la cabeza de Mahoma rebienta con el mayor estrépito, y los cascotes vuelan causando algunas desgracias.

Inmediatamente sufre el castillo un segundo ataque. Los vecinos de Villena y Castalla se arrojan á él; desatan los restos de Mahoma, y asidos á ellos se disputan á golpes la honra de llevarselos. Vencen los de Villena así por su mayor número, como por la protección que les dispensan los de Biar, y llenos de gozo arrastran los restos mezquinos del odioso profeta por el camino de su pueblo. Biar entre tanto varia de aspecto, y el pueblo devoto se reúne en la iglesia para conducir á su ermita la imagen de la patrona entre las salvas de los moros y cristianos, y se ve con alegría la última diversion de pólvora, que le avisa el fin de las fiestas, y le condensa á la fatiga y al trabajo.

Las graciosas valencianas, limpias cual siempre lo fueron, y hermosas como las georgianas, son en tales días el adorno principal de las bulliciosas fiestas. El tamboril y la dulzaina las llama á sus placeres propios, y entre el entusiasmo de las danzas, solo piensan en hacerse amables á sus amantes, y alguna de ellas con poco miramiento de su religion cristiana en complacer y agradar á un feroz y barbado moro.

N. B. S.

BELLAS ARTES.

EXPOSICION DEL REAL MUSEO.

Primer artículo.

Si los recuerdos de antigua grandeza y poderío, si los trofeos de nuestra gloria nacional fueran suficientes á consolar á un pueblo sumergido en tantas calamidades y desgracias, la magnífica inauguración del Museo Real en el día del cumpleaños de la augusta Reina Gobernadora serian un balsamo consolador para adormecer sino cicatrizar tanta y tan profunda llaga como la funesta guerra civil ha abierto en nuestros pechos. Con efecto si se considera el número prodigioso de obras dadas á sublimes pinceles extranjeros que se admiran expuestas para estudio del artista y al recreo del público ¡cuanta gloria nos recuerdan! ¡cuán estensa nuestra antigua dominación, cuantas victorias en Flandes y en Italia, cuanta grandeza y magnificencia en nuestros morares, en nuestros caudillos y magnates en épocas en que la civilización europea estaba aun atrasada! Si lo consideramos por las plantas indígenas, por las producciones de nuestros pinceles, el orgullo nacional podia quedar bien satisfecho presentando á todo el globo brillantes testimonios del noble y fogoso genio con que ha dado vida á tantas páginas inmortales, por las que el nombre Español, aun hoy día resuena con admiración en las primeras capitales de la culta Europa. Así Atenas conserva su inmenso prestigio; así Roma y la patria de Miguel Angel reciben de todo el mundo solemnemente tributos de veneración.

Admirable es por cierto el ver un país que en medio de tantos desastres prosigue impávido y con abtuto por el camino del adelanto literario y artístico. Difícil seria de creer si no lo viésemos y sino lo demostrase claramente cada provincia y cada ciudad en

donde hierve y se anima de día en día ese movimiento que tiende á la ilustración y al adelanto, movimiento tan grande y tan palpable que se deja percibir sin trabajo entre los vaivenes política y entre los golpes tan fuertes de las pasiones encontradas. ¿Quién hay que no entrevea la aurora feliz y esplendorosa con que se mostrarían en España las ciencias, las letras, y las artes si llegase á disfrutar de la paz tan suspirada? Estas consideraciones vendrán á la imaginación de cualquiera al ver algunos establecimientos artísticos y literarios con que se han enriquecido muchas de nuestras capitales y particularmente el Real Museo, que en medio de tantas penurias y atenciones S. M. la Reina Gobernadora ha perfeccionado y enriquecido.... Pero dejemos tantas reflexiones que se agolpan y entremos en este santuario de las artes.

¡Qué impresion tan sublime se experimenta al solo presentarse á nuestra vista el pórtico y el magnífico vestibulo trazado por el inmortal Villanueva! Uno se cree transportado á Atenas, ó al inmenso Museo Vaticano. Si noble y grandioso nos parecia antes, ahora tiene un no sé que de regio y de imponente con los numerosos cuadros de que estan revestidas sus paredes y que hacen resaltar sus columnas magestuosas, así como las del Pórtico de Atenas con las célebres pinturas de Polygnoto ó como las del Panteon de Agripa á traves de sus mármoles preciosos.

En los salones de nuestra escuela nacional no hemos notado innovación particular ¿pero qué mejora necesita hacerse en un recinto donde existe un cuadro de los *Lanzas*, los de los caballos de Velazquez, los de San Bernardo y de San Ildefonso de Murillo y las magníficas tablas de Juan de Juanes? Solo estos bastan para enoblecen un Museo, y son suficientes para representar la Pintura Española con todo el prestigio y grandeza imaginables; pero limitémonos á las extraordinarias mejoras é innovaciones que con rapidez increíble gracias al ánimo noble y maternal solicitud de S. M. y al celo y esquisitos conocimientos del digno director Don José de Madrazo acabamos de ver ejecutadas.

Dos clases de preciosas pinturas parece que han contribuido á enriquecer mas y mas el magnífico recinto de que nos ocupamos. Unas son las que estaban desde la fundacion del Museo almacenadas y eclipsadas lastimosamente. En el gran salon del centro, en la sala octógona y corredores adyacentes vamos de esta especie, muchísimas de mérito sobresaliente como son algunos deliciosísimos lienzos de *Nicolas Poussin*, dos de *Claudio de Lorena*, dos tablas de *Alberto Durer*, dos de *Luca de Leliden*, una de *Lorenzo Lotti*, de *Lucia Anguisciola*, de *Anibal Carraci*, y otras varias que por si solas constituirian una rica é interesante galería. Otra clase de pinturas que dan inmenso lustre á este regio establecimiento único monumento en la corte de las Españas que recuerde dignamente nuestra antigua grandeza y magnificencia son las que han venido del Escorial; páginas sublimes del inmortal *Rafael*, que hacen caer la balanza de extraordinaria ventaja sobre todos los museos de pintura que existen en Europa. ¿Quién ha visto en un recinto tan corto como el que ocupa el último tercio del gran salon de la escuela italiana seis tablas divinas del mejor tiempo de *Rafael Urbino*? tales son el famoso *Pasmo de Sicilia*, la sublime *Virgen del Pez*, creación magnífica llena de gracias y perfecciones; ella sola representa á la reina del Empíreo, á la madre de un Dios. *La Sacra Familia*, perla inestimable del mas hermoso oriente y mas rica que la de Cleopatra. *La Visitacion de Ntra. Sra.*, creación celestial que toda exalta eandor y honra.

idad, y finalmente la *Virgen de la Rosa* y la *Sacra familia* que ya existía; cuadros llenos de encantos y de poesía. Del gran *Ticiano* registra el curioso observador doce magníficas creaciones; una del mismo *Correggio*, el pintor de las gracias; y en fin digno cortejo á obras tan sublimes hacen los lienzos de un *Andrea del Sarto*, de un *Tintoretto*, de un *Bonifacio veneciano* dos magníficos de *Guido*, y de otros insignes profesores.

No ha sido esta la única mejora que hemos notado en el salón; muchos cuadros sacrificados por su mala colocación han mudado de sitio y se hallan á buena luz y en paraje donde pueden los artistas y aficionados copiarlos y examinarlos con toda detención; finalmente han desaparecido otras telas que de ningún modo merecían comparecer entre las demás, y que degradaban notablemente aquel riquísimo depósito.

La sala de Escuelas Alemana y Francesa se han enriquecido extraordinariamente. Ha llamado nuestra atención, entre las preciosas y codiciadas obras de *Claudio de Lorena*, uno que representa la *tentación de S. Antonio* en un país delicioso iluminado por la luna. Es imposible caracterizar mejor su melancólica luz que contrasta admirablemente en una hoguera junto á las figuras. ¡Difícil es figurarse una composición mas rica y sorprendente con las ruinas de un antiguo Castillo junto á las rocas que sota un río caudaloso!

Otro lienzo, quizá mas sublime y lleno de poesía es el país del gran *Nicolás Poussin* perfectamente colocado en el lado de la izquierda, casi á la altura del espectador. Esta es una de aquellas creaciones que bastaban para calificar de primer paísista del mundo al Pintor de Andelys, y sin embargo su mérito en esto es bien accesorio en comparación de las historias y poemas en las que nos transporta con su esquisita filosofía y erudición á países y épocas muy remotas. Las tablas ya citadas de *Alberto Durer*, las de *Lucas de Leiden* y algunos retratos de *Felipe de Champagne* y de *Mignard* han contribuido notablemente á enriquecer esta sala así como otros lienzos de una y otra escuela que hemos visto por primera vez y dignos de todo estudio y consideración.

Réstanos dar una rápida reseña, no permitiendo mas los límites de este artículo, de los cuatro salones bajos que se han abierto nuevamente, dejando para otro día el hablar de la galería de escultura, que merece un artículo separado. Los citados salones del piso inferior, tanto los del martillo próximo á San Gerónimo como el que mira al jardín botánico, contienen cuadros excelentes y de extraordinario interés para el arte. En el primero, al que se desciende por el gran vestíbulo circular, se observan las pinturas traídas del Escorial, á excepción de las de *Rafael* colocadas oportunamente en la grande galería, y alguna que otra que necesitaba perentoria restauración. Entre las primeras debe mencionarse particularmente la despena de *J. C.* al Limbo, obra del célebre *Fr. Sebastian del Piombo*, cuyos cuadros son tan raros como admirables. Siguen algunas tablas de la escuela alemana de un acabado preciosísimo, entre las que destacan algunas del famoso *Alberto Durer*, de *Van-heck*, y de *Mabuse*; hay varias de *Ticiano*, y de *Fandick*, una de *J. Bellino*, de *Pordenone*, de *Antonio Campi*. En la sala interior hay diferentes de *Ribera* y de *Velasquez* con otras de no pequeño mérito é interés. Una Santa M. Magdalena excelentemente colorida, por *Antolinex*, con otras pinturas de *M. Ceraso*, de *Herrera* el mozo, y de *Palamio* etc., sirven de suplemento á los autores que faltaban en las salas de

nuestra escuela, así como las anteriormente citadas sirven á las demás escuelas ultramontanas.

Las otras dos salas bajas del opuesto lado pueden llamarse un magnífico apéndice á los dos soberbios salones de la escuela flamenca y holandesa, expuestos á la pública admiración de algunos años á esta parte, por lo que nos dispensamos de hablar de ellos. Así, se encuentran estos en el mismo lado, y solo se nota la diferencia de local, descendiendo pocos tramos de la magnífica escalera que conduce al vestíbulo de frente al botánico. Contiene el primer salón diferentes de las mas amenas y poéticas composiciones del fecundísimo *Rubens*. Todo lo mas seductor y delicioso de la mitología, todas las divindades celestes y campestres ocupan este mágico recinto! Las gracias de Flandes; *Diana* con sus ninfas; *Juno*, *Venus* y *Minerva*, *Latona*, *Europa*, *Sátiros*, ninfas, *driadas* y *hamadriadas*, todas se presentan en mil graciosas actitudes, en aquellos frescos y amenos bosques pintados por *Wildens* poblados y animados por los brillantes y seductores pinceles del pintor de Colonia. El contiguo salón contiene nada menos que diez países deliciosísimos de *Both*, discípulo y digno rival de *Claudio*. De otros autores hay cuadros muy curiosos, y entre ellos son notables dos retratos de *A. Moro* y otros diferentes, concluidos con una prolijidad y esmero prodigioso.

Pero no es precisamente por la cantidad de pinturas, casi duplicada á las que habia, el interés y agradable sorpresa que hemos experimentado de poco tiempo á esta parte, es por el número de autores conocidos que han llenado una gran laguna entre los pintores de todas las escuelas, y aunque muchos no estén en ella representados por composiciones que revelen todos los quilates de su genio, siempre es una adquisición importantísima en un museo ó universidad, donde, no solamente la juventud estudiosa va á alimentarse y á recibir grandes inspiraciones, sino que el amante de todo lo bello, el observador, el aficionado desea ver y comparar todas las producciones del genio, en todos los países y en todas sus fases y vicisitudes, del propio modo que en ameno pensil ó en un jardín botánico observarse todas las plantas exóticas no lejos de las indígenas, y donde una modesta flor constituye el complemento de una familia numerosa. Por esta razon, entre otras de mucho peso, elogiamos el celo del actual director, en haber colocado, hasta en los mas estrechos corredores, casi todas las pinturas que estaban, tal vez, condenadas á perpétuo olvido, proporcionando así al público el exámen de muchas bellezas en ellas esparcidas, y enriqueciendo el catálogo de autores de villa cuyos nombres ni aun habían llegado hasta nosotros. Aparte, pues, del interés artístico que ofrecen tantos cuadros de segunda y de tercer órden, hemos visto muchísimos de grande interés histórico. ¡Quién va sin cierta llama de entusiasmo aquellas acciones y heroicos esfuerzos con que brillaron con tanta gloria en Flandes y en Lombardia nuestros antiguos tercios capitaneados por un duque de Alba, un Don Juan de Austria y un marqués de Spinola, y otros inclitos caudillos españoles? Cuántos retratos de hombres célebres han salido ahora de la obscuridad! Así el pintor como el actor, y cuantos necesitan instruirse en los usos, trajes, y costumbres de los tres últimos siglos anteriores, encontrarán continuas soluciones á las numerosas dudas que ocurren con harta frecuencia, por la absoluta privación de colecciones de trajes antiguos nacionales, que en otros países se han multiplicado con increíble rapidez.

ESTADO DEMOSTRATIVO

DE LAS OPERACIONES DE LA CAJA DE AHORROS DE MADRID

EN EL MES DE ABRIL ULTIMO

Y RESUMEN GENERAL DESDE 17 DE FEBRERO, DIA DE SU APERTURA (1).

MES DE ABRIL.

DIAS DE RECIBO.	CANTIDADES DEPOSITADAS.	NUMERO DE PUESTAS.	NUEVOS IMPONENTES.
Domingo 7 de Abril.....	23.861	170	34
Domingo 14 idem.....	26.325	166	34
Domingo 21 idem.....	20.526	139	23
Domingo 28 idem.....	20.825	139	14
Total en el mes de Abril.....	91.537	614	105
Id. desde 17 de Febrero hasta fin de Marzo ingresaron segun el Estado anterior.....	193.741	1073	488
Total ingreso.....	285.278	1687	593

REINTEGROS VERIFICADOS.

MES DE ABRIL.

En el Domingo 14.....	100
En el Domingo 28.....	140
Total en el mes de Abril.....	240
Reintegrado anteriormente hasta fin de Marzo.....	2660
Total reintegro.....	2.900

CLASES DE LOS IMPONENTES.

	HASTA FIN DE ABRIL.	EN EL MES DE ABRIL.	TOTAL.
Menores de ambos sexos.....	145	34	179
Mujeres.....	97	24	121
Criados.....	67	8	75
Artesanos y jornaleros.....	48	7	55
Empleados.....	47	7	54
Militares.....	20	8	28
Otras clases diversas.....	64	17	81
	488	105	593

(1) A fin de dar á conocer á nuestros lectores el movimiento progresivo de la Caja de ahorros de esta capital, en que muchos de ellos están interesados, y en vez de contentarnos con reproducir sencillamente la nota semanal del ingreso como lo hacen los periódicos diarios, nos parece mas propio del género de publicacion que dirigimos el trazar á fin de cada mes un Estado demostrativo de las operaciones de la Caja en todo él, con un resumen de las verificadas desde el dia de su apertura; á fin de poder formar idea á un golpe de vista de la marcha y progresos de este filantrópico establecimiento.